

en alta voz, como de la más señalada victoria, de la cobardía de Carlos; infamia tan insigne que nunca pudo esperarla más conducente á sus fines políticos.

—«El Rey,—decía,—nos dá la cabeza de Strafford! ¡Está visto que ya no es capaz de negarnos ni áun la suya que le pidamos!»

## XX.

Todavía esperaba Carlos que, satisfecha la Cámara de los Comunes con la humillación impuesta y aceptada por él y su respeto al fallo pronunciado por sus individuos, no exigiria la efusion de sangre, y que conmutaria la pena de su amigo. Pero no conocia el Rey á los partidos, más implacables que los mayores tiranos, pues no tienen corazon sino pasiones, y que como los sistemas carecen de sensibilidad, sus secuaces votan unánimes, temiendo los unos de los otros, aquello mismo que, separados y aisladamente, repugnarían pensar siquiera, porque agrupados, formando colectividad, dejan de ser hombres para constituir un elemento. Para conmover, pues, al elemento tan poderoso de la Cámara de los Comunes empleó Carlos el medio que más podía lisonjear el orgullo y excitar la sensibilidad de los tribunales del pueblo, escribiéndoles una carta patética en la cual iban por iguales partes lágrimas y palabras, y enviándosela, para imprimirle carácter irresistible, por medio del príncipe de Gales, su hijo, niño aún, en quien la edad, la inocencia y la hermosura conspiraban de consuno para que nada negasen los súbditos requeridos en

aquella forma por el más ilustre y sin ventura de los pretendientes.

Abria el Rey de par en par su alma en esta carta á los representantes del pueblo; mostrábalas las heridas de su corazon; declaraba las angustias que hubo de sufrir ántes de inmolar su honor de soberano y sus afectos de amigo á la voluntad de sus vasallos; exaltaba la grandeza del sacrificio hecho al Parlamento, y concluía pidiendo en pago de tanta muestra de abnegacion de su parte, que no fuera Strafford al cadalso, conmutándosele la pena por la inmediata. Despues de firmar Carlos este papel, y como si temiera el fracaso de la súplica, escribió un *post-scriptum* pidiendo que, á lo ménos, si no deferían los diputados á su ruego tan encarecido, quedara en suspenso la ejecucion de Strafford hasta el sábado siguiente, para dar tiempo al reo de prepararse á morir.

## XXI.

En vano fueron la súplica del padre y la intervencion del niño, pues los tribunales del Parlamento, por no ceder en nada, ni una hora más de vida consintieron al reo; que su popularidad exigia de su ambicion ser inexorables y prontos, para manejar mejor al pueblo é imponerlo con fuerza más incontrastable al Rey. La hermosa condesa de Carlisle, Cleopatra inglesa, de quien Strafford fué amante preferido la época de su grandeza, puso en juego esfuerzos generosos de seducccion para salvar la vida de aquel en cuyo amor cifró su orgullo poco bacía; pero fracasó en la empresa. Sin embargo, como si por ley fatal de su destino debiera Strafford

verse abandonado juntamente del amor y de la amistad, la versátil Condesa, más apasionada del poder y el valimiento que de la persona de sus adoradores, hizo á otro dueño de su hermosura, pasando sin tardanza de los brazos de Strafford á los de Pym, como despojo de la monarquía conquistado por la revolucion, y tornándose dama del verdugo despues de haberlo sido de la víctima. Pym, dice la historia inglesa, era un ambicioso que representaba papeles de fanático: *Homo ex luto et argilla epicurea factus*, segun la enérgica frase de Haket, esto es, un hombre amasado con cieno é inspirado de concupiscencia, tal cual los hallamos en toda ocasion, así en los partidos populares como en los monárquicos, serviles aduladores de sus pasiones al extremo de hacerles hasta el sacrificio de su conciencia para mejor gozar de su privanza, y de ofrecerles, si así les place, sacrificios humanos y espectáculos de sangre.

## XXII.

Aun cuando Strafford se hallaba preparado á todo desde que supo la conducta que observaban con él Carlos y la de Carlisle, el rey á quien sirvió tan fiel y la dama á quien amó tan rendidamente, al recibir la noticia de que S. M. habia ratificado por medio de los comisarios el *bill* de su sentencia, la naturaleza pudo más en él que la resignacion, y dando un suspiro y levantando atónito las manos, exclamó: «*Nolite fidere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis!* No pongas tu confianza en los príncipes y en los hijos de los hombres, porque no está en ellos la esperanza de salud.»

Pidió que lo dejaran á solas un momento con Laud, arzobispo de Lóndres, como él prisionero en la Torre por idéntico motivo. Laud era un prelado de mucha santidad y superior á su siglo; pero aquella entrevista que habria reconfortado el ánimo de los dos servidores del Rey, les fué negada.

—«Está bien,—contestó Strafford al gobernador de la Torre;—pero decid al ménos al Arzobispo que deseo verlo al pasar mañana por delante de su reja, para decirle adios ántes de morir.»

## XXIII.

El día siguiente, como instaran todos á Strafford para que pidiera ir en carruaje al cadalso, temerosos de que anticipándose la saña popular al verdugo diera muerte al que Pym y los oradores del Parlamento habian mostrado á su ignorancia por enemigo de la paz pública y de la libertad,

—«No,—contestó él,—sé mirar al pueblo y á la muerte cara á cara, y llegado este trance, así es igual para mí acabar á manos del populacho como á manos del verdugo!»

Al pasar cerca de la ventana del calabozo de Laud, que recibia luz del patio, se acordó Strafford de la cita, y levantó los ojos, no viendo sino las manos trémulas y desearnadas del Prelado que salian por entre los barrotes de la reja con ademan de bendecir al reo. Strafford entónces se arrodilló, é inclinándose la frente,

—«¡Dadme vuestra bendicion,—dijo,—y rezad por mí...»

Lo cual oido del venerable anciano, sin fuerzas para soportar la emocion que le produjo la súplica

de su antiguo amigo, se desmayó en brazos de sus carceleros al bendecirlo.

—«¡Dios proteja vuestra inocencia, padre mio!»—añadió Strafford; y poniéndose en pié marchó con paso firme, á pesar de su dolencia y de la postracion de sus fuerzas, al frente de los soldados, que más parecían seguirlo que custodiarlo.

## XXIV.

Segun la humanitaria costumbre de Inglaterra y Roma, que consiente al reo, cualquiera que sea, ir al suplicio acompañado de sus deudos y amigos para exhortarlo y consolarlo en el momento supremo, Strafford iba con su hermano al lado.

—«¿Por qué lloras así?»—le dijo.—«¿Acaso ves algo en mi vida ó en mi muerte que sea motivo de sonrojo para tí? ¿Acaso tiemblo como criminal, ó hago alardes impropios de cristiano? Imagina para tu tranquilidad que asistes á mi tercer casamiento y que me sirves de padrino. Ese tajo—prosiguió, mostrándole aquel en que debía posar el cuello para ser decapitado—me servirá de almohada, y está cierto de que cuando en ella duerma, será mi sueño tranquilo.»

## XXV.

Cuando subió á la plataforma con su hermano y amigos, se arrodilló un espacio como para saludar el ara de su sacrificio; y levantándose á seguida, y poniendo los ojos en la muchedumbre innumerable y silenciosa que cubria la colina y la torre de Lón-

dres llamada del Cadalso, con la misma voz vibrante y grave que otro tiempo habló en la Cámara de los Comunes, teatro de su majestuosa elocuencia, dijo:

—«¡Pueblo congregado aqui para verme morir, escucha! Deseo todas las prosperidades y grandezas que Dios pueda otorgar á los que viven la vida del mundo á mi patria tan amada! En vida hice siempre cuanto estuvo de mi parte para labrar la felicidad del pueblo inglés; al morir, sólo tengo el anhelo de verla realizada y completa desde la eternidad. Empero suplico á todos cuantos se hallan presentes, y á cada uno en particular, que, á solas con su conciencia y la mano puesta en el corazón, se pregunten, despues que yo haya cesado de vivir, si entienden que la primera página de reformas saludables debe aparecer escrita con sangre... ¡Reflexionad esto bien...! Y ahora, nada más digo, sino que no permita el cielo que mi sangre caiga sobre vuestras cabezas, y que temo mucho por vuestro porvenir y el de la patria viéndoos empeñados en el camino de perdicion!»

## XXVI.

Hecho este advertimiento á su patria desde lo alto del cadalso, Strafford se arrodilló de nuevo y meditó y oró por espacio de quince minutos con muestras de humilde y fervorosa devocion, durante los cuales el fanatismo revolucionario no pareció impacientarse con la tardanza del espectáculo de sangre que habia venido á presenciar. Mas como Strafford entendiera un vago rumor que se hizo al fin en la multitud, levantándose y dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo de esta manera:

—«Casi es ya como si hubiese acabado de vivir. Sólo un instante me separa de la eternidad, quedando yo muerto para el mundo, viuda mi esposa, huérfanos mis desgraciados hijos, y sin amo mis buenos servidores. ¡Dios sea con ellos y con vosotros! Gracias al auxilio interior que me presta el Todopoderoso,—añadió despojándose por sí mismo del jubon y recogiendo los cabellos para que nada pudiese amortiguar el golpe,—hago esto con tanta tranquilidad de ánimo como si lo hiciera para entregarme al sueño!»

Llamó entonces al verdugo, lo perdonó, puso sin ayuda de nadie su cuello en el tajo, no sin dirigir al cielo una suprema súplica, y rodó ensangrentada su cabeza por el tablado.

—«¡Dios salve al Rey!»—gritó el verdugo, recogiendo del suelo la cabeza de Strafford, asida de los cabellos, y levantándola en alto para que todos la vieran.

En aquel punto, el pueblo, que había permanecido silencioso y acaso compasivo, exaltado con la vista de la sangre, rompió en gritos de alegría y de venganza, produciendo un tumulto de voces incoherentes que daba testimonio del frenesí de los tiempos; y no cabiendo en sí de gozo al ver muerto ignominiosamente á su más ilustre conciudadano, corrió como insensato, dando alaridos por las calles y mandando que todo el vecindario de Londres iluminara las fachadas de sus casas en celebracion del suceso.

## XXVII.

Durante tan cruento sacrificio permaneció el Rey cerrado en su Cámara, pidiendo perdon á Dios de la sangre derramada por su debilidad. El eclesiástico que acompañó á Strafford al cadalso, fué la única persona recibida por S. M. aquel dia para darle cuenta de los últimos momentos de su ministro.

«Nada es comparable, dijo el eclesiástico á Carlos, con la majestad y grandeza de la muerte de Strafford. Muchos he visto morir; pero nunca subió al cielo desde la plataforma de un cadalso alma tan pura como la suya.»

Lo cual oido de Carlos volvió la cabeza para llorar. Sólo entonces comprendió con claridad que se había herido del mismo golpe que dejó descargar sobre su leal servidor, y que la muerte del amigo no era sino el sangriento aprendizaje que hacía la revolucion para ejercitar la mano y ser más certera cuando llegase su vez al Rey; sintiendo, al darse cuenta de la inutilidad del sacrificio consumado para salvar su propia vida y la paz del reino, irremediable y tardío arrepentimiento, y experimentando en su alma conturbada profundo y acerbo dolor. Y como su conciencia era recta, no trataba de calmar siquiera con sofismas los remordimientos que lo asaltaban por la flaqueza cometida, y aún ménos de justificarse, sino al contrario, juzgándose tan severamente como habria de hacerlo la posteridad. Pero, al humillarse por consecuencia de su falta, reconociéndola y declarándola sin reticencias, juró que sería la última tambien de aquella índole que cometeria en lo sucesivo, y que nunca más transigiria con la iniquidad de sus enemigos,

fortificando y robusteciendo el propósito en que ya estaba de luchar y vencer ó morir por su derecho, por el derecho de la Corona y por el derecho del último de sus vasallos en la intensidad de su propio acerbo arrepentimiento.

## XXVIII.

No vió, en efecto, la Cámara otra cosa en la muerte de Strafford sino un triunfo señalado sobre la régia prerogativa y el corazón de Carlos; reproduciéndose á seguida por consiguiente los conflictos entre la Corona y el Parlamento, bajo diversos pretextos y exigencias. En vano acudió el Rey á la Cámara en busca de ministros, pues no halló en ella hombres de verdadera fidelidad al modo de Strafford, sino sospechosos ó enemigos implacables, y áun éstos cuando los llamaba para entregarles el gobierno se negaban á recibirlo, en razón á que habia subido tanto de punto y era tan irreconciliable y universal el espíritu de hostilidad á la Corona en Inglaterra, que los individuos populares del Parlamento se consideraban más fuertes en el ejercicio de su mandato y siendo jefes de fracciones políticas que no ministros de un príncipe sospechoso y condenado en la opinión pública. Por lo que hace al bando puritano en la Cámara, observaba en aquella circunstancia con Carlos I la misma conducta que despues adoptó el de los Girondinos en 1791 con Luis XVI, retrayéndose y alejándose del Monarca, en perpétua guerra con el Ministerio y rehusando formar en él, para tener derecho á combatir el poder que se le ofrecia, ó aceptándolo para ser traidores al Soberano y entregarlo por adulación al pueblo y por complicidad á los republicanos

Tal era el estado de las cosas y la situación respectiva del Parlamento y del Rey durante los primeros años que perteneció Cromwell á la Cámara de los Comunes.

## XXIX.

Pero ni las luchas parlamentarias interesaban á Cromwell, ni las agitaciones únicamente políticas, no siendo por naturaleza sino sectario religioso, importándole ménos el triunfo de los puritanos sobre la Corona que sobre las Iglesias de Roma y de Inglaterra, en cuyo favor se suponía interesado al Monarca. Ni podía ménos de ser así, conspirando en él juntamente para desviarlo de las discusiones su fanatismo religioso y su relativa indiferencia política, su criterio estrecho, si bien exacto, su elocución tarda, monótona y difusa, sus ambiciones limitadas al triunfo de sus correligionarios, aunque sin aspirar, por su parte, á nada personal, excepto la salud de su alma y el servicio de su causa. En efecto, mudo permanecía durante legislaturas enteras en su escaño de la Cámara popular, significándose únicamente á los ojos de todos por su abnegación sin límites y su menosprecio del aura popular, y por el fervor de su celo en preservar y amparar la libertad de conciencia de sus correligionarios.

## XXX.

Pero si las dotes de su ingenio no eran ocasionadas á llamar la atención de una Cámara que se habia familiarizado con los arranques tan elocuentes de Strafford y de Pym, nada tampoco en su exte-

rior lo recomendaba, siendo los rasgos de su fisonomía vulgares por extremo; como que participaba del labriego, del soldado y del cura de aldea, viéndose confundidos en ella detalles de socarrón, de animoso y de sectario ferviente, sin que ninguno se acentuara de tal modo que pudiera servir de indicio al espíritu más sagaz para presentir en él vocación determinada ni predisposición probable, y ménos aún condiciones de orador ó de caudillo. De mediana estatura, con el busto corpulento, de traza vigorosa, el andar inseguro y pesado, ancha y combada la frente, azules los ojos, grande la nariz ó incorrecta, más hácia la izquierda que no en el centro de la cara, gruesa y colorada por la extremidad como suelen traerla los aficionados á la bebida (síntoma sospechoso que sólo indicaba en él la acrimonia de la sangre alterada del fanatismo); labios hendidos, carnosos y groseramente modelados, que no prometían por cierto sutileza de inteligencia, ni sentimientos delicados, ni ménos la facilidad de palabra indispensable al orador; el rostro más redondo que oval, y la barba maciza y saliente á la manera de sólida repisa puesta allí para sustentáculo de la cabeza. Así era Cromwell; y á decir verdad, estos rasgos tantas veces reproducidos por los artistas más célebres, á no presentarse á nuestros ojos con el nombre del Protector al pié, no indicarían sino los de una persona vulgar en toda la extensión de la palabra, siendo imposible descubrir en ellos el menor detalle característico y propio del genio. Adviértese no obstante, al considerar la tosca rusticidad de su conjunto, que así debía ser el hombre merecedor de la confianza de su partido, á quien hizo famoso el amor de los suyos y una combinación de circunstancias extraordi-

narias, no la naturaleza; pudiéndose decir también que más elevada y clara inteligencia que demuestrara hubiera perjudicado á la grandeza de su destino; pues con más talento, Cromwell habría sido ménos fanático, y no siéndolo, no hubiese personificado á su partido, mejor aún, no hubiese su partido personificado en él sus pasiones y credulidades; que la importancia de los héroes populares no tanto consiste y se funda en su talento, como en la relación que guarda éste con las preocupaciones y groseros instintos de la plebe que los encumbra para rendir culto en ellos á sus pasiones, viéndose así que nunca designan los fanáticos por su caudillo al de más ingenio y capacidad, sino al mayor fanático de todos. Por eso los jacobinos de Francia se fijaron en Robespierre, y los puritanos de Inglaterra en Cromwell.

## XXXI.

Durante aquellos diez años de silencio, las contadas veces que habló Cromwell en el Parlamento, fueron para pronunciar algunas palabras, muy de tiempo en tiempo, y dirigidas al objeto de proteger á sus hermanos los misioneros de la secta puritana, y á denunciar á los ministros de la Iglesia anglicana dominante y á los católicos que aspiraban á dominar de nuevo; pudiéndose decir que la consideración demostrada en tales circunstancias por sus colegas en favor del místico representante de Huntington, consistía en que á pesar de su sobriedad de discursos y de su modestia, ó tal vez por esto mismo, gozaba en la Cámara del respeto que no escatiman las asambleas deliberantes á los hombres circuns-

pectos, sensatos y desinteresados de aplausos, pero fieles á la causa que sostienen.

## XXXII.

Al terminar cada legislatura volvía Cromwell á su distrito y al ejercicio de su cargo de juez de paz; y poniéndose por tal modo en contacto directo con el pueblo puritano de aquellos contornos y con los misioneros de su fe, confortaba y fortalecía sus pasiones religiosas, y las exaltaba y sublimaba en pláticas, sermones, meditaciones y rezos, única distracción y descanso de la vida campestre que hacía. Y como, por otra parte, la dulzura, la piedad y el fervor de su mujer, aficionada del propio modo que lo era él á los cuidados domésticos y á las faenas rurales, y la educación de sus hijos y la ternura de sus hijas apartaban entónces de su alma toda otra idea de ambición que no fuera la de su progreso espiritual en la virtud y la del progreso de su secta en las conciencias, no contiene su correspondencia íntima durante aquellos largos años de retiro y vida doméstica una sola palabra eficaz á revelar en él otros ideales que no fueran los de su creencia religiosa, ni otro anhelo que alcanzar por sus merecimientos y virtudes la vida eterna en el Señor. ¿De qué podía tampoco servir entónces á un hombre como Cromwell, en quien nadie se fijaba, la tan famosa hipocresía de que los historiadores tratan extensamente, suponiéndola base y móvil de su carácter? Si ninguno conocía su rostro, ¿á qué la máscara? En efecto, Cromwell no fingía con su mujer, con su hermana, con sus hijas, ni ménos con Dios, y si se antoja enmascarado á los ojos de la his-

teria, es lisa y llanamente porque vivía sin misterio y pensaba en voz alta.

## XXXIII.

Citaremos algunos párrafos de las cartas familiares del futuro Protector, que arrojan mucha luz sobre aquella época tan oscura é ignorada de su vida.

«Querido y buen amigo (escribía desde Saint-Ives, el 11 del mes de Enero de 1635, á uno de los confidentes de sus obras piadosas): Construir templos materiales y asilos consagrados á consolar los cuerpos y congregar los fieles, debe reputarse por obra religiosa y digna de las mayores alabanzas; pero los que levantan templos espirituales donde hallen alimento las almas, son en verdad hombres religiosos. Esto es lo que habeis hecho, amigo mío, fundando una cátedra de predicación y confiándola discretamente al Dr. Wells, varon de mucha santidad y de aptitudes iguales por lo ménos á cuanto he conocido de más ilustre y mejor. Digo esto, porque tengo el convencimiento de que, merced á su intervención, nos ha hecho el Señor singulares mercedes y favores inapreciables desde que se halla entre nosotros. Fuerza es, por tanto, que quien os inspiró esta fundación piadosa os haga perseverar en ella y completarla. ¡Elevad á él vuestros corazones! Harto sabeis los que vivis en una ciudad tan afamada como Lóndres por las luces resplandecientes que arroja el Evangelio por toda ella, que suprimir el sueldo del predicador equivale á derribar la cátedra; porque ¿quién podrá combatir sin otro auxilio material que los recursos propios con enemigo

fuerte, aguerrido y numeroso? Así os suplico encarecidamente, por las entrañas de Jesucristo, que hagais lo necesario para encaminar bien este negocio, alcanzando sueldo con que viva el digno Ministro de quien hablo, seguro de que os bendecirán por ello las almas de los hijos de Dios. Así lo hago también yo, quedando vuestro cariñoso amigo en el Señor

OLIVER CROMWELL.»

Más no era sólo con palabras, si que también con su módico haber, fruto de obstinado é ingrato trabajo, como sostenía Cromwell la causa de su fe, pues tres años adelante leemos las palabras trascritas á continuación en carta confidencial á Mr. Hand, secretario fervoroso de su grey:

«Entregad cuarenta chelines (suma importante á la sazón tratándose de un labrador modesto, cargado de familia y de obligaciones cada día mayores) para remunerar á los médicos de Benson. Si los amigos no quisieran aprobar este desembolso, dad el dinero por cuenta mía, y conservad como justificante hasta nuestra vista la presente.

»Vuestro amigo,

CROMWELL.»

«Habitó (escribía pocos años después á su prima, casada con el fiscal del Tribunal Supremo, Saint-John, y animado del mismo espíritu de compunción) en Cedar, palabra que significa *tinieblas* y *oscuridad*. Empero el Señor no me abandona, y acabará, según voy entendiendo, por conducirme á donde tiene asiento su reposo, esto es, al tabernáculo. Mi corazón descansa entre tanto en la esperanza con

los compañeros del primer hombre; y si puedo rendir tributo de gloria y alabanzas al Señor por medio de obras meritorias ó de sufrimientos, ¡cuán grande no será mi consuelo! A decir verdad, ninguna otra criatura humana tiene más motivos que yo para sacrificarse por la causa de su Dios, habiendo recibido tantas mercedes de su providencia. Pero como por mucho que haga nunca será bastante para pagarle sus beneficios, que me acepte Nuestro Señor en la persona de su hijo y nos ponga en el camino de la luz que es él! Si me concede al menos la dicha de ver la luz en él, no apartando de mí su rostro por completo, ¿qué felicidad será comparable á la mía? Un sólo destello, una ráfaga no más arroja tan claros resplandores allí donde tienen asiento las tinieblas! ¡Bendito sea su nombre por haberse dignado de brillar en recinto tan sombrío como mi alma!... ¡Miserio de mí, bien sabeis cómo fué mi vida pasada! ¡Gozábame ántes en las tinieblas, habitaba en ellas y aborrecía la luz! ¡Era yo entonces muy gran pecador; pero el Señor se dolió de mí! ¡Qué manantial es Dios de bondades y de misericordias tan inagotable!... ¡Alabado por mí y orado por mí también, para que quien comenzó en mi alma la obra prodigiosa de un cambio tan grande se digne completarla en Jesucristo!... ¡Sea con vos el Señor! como lo desea vuestro aficionado primo.

OLIVER CROMWELL.»



## XXXIV.

Cuanto hallamos escrito de la mano de Cromwell durante aquel prolongado período de recogimiento y meditacion de su vida que abarca desde los veinte á los cuarenta y un años, lleva impreso el mismo sello de misticismo, exaltacion y sinceridad, de negra melancolía, en una palabra, iluminada de los resplandores de fe ardiente y activa; melancolía que debió sostener y fomentar más y más la monótona regularidad de sus ocupaciones rurales y la tristeza del cielo y del lugar que habitaba por la fuerza de las circunstancias. Su vivienda, edificio que aún enseñan las gentes del lugar á los viajeros que pasan por las tierras bajas de Saint-Ives, tiene cierta semejanza con un convento abandonado. Las hiladas de árboles que plantó él mismo en las lindes de su propiedad, asentada en medio de los pantanos, formaban ya en tiempo de Cromwell una cortina de follaje que interceptaba el horizonte, y para mayor tristeza nubes pardas, densas y bajas por extremo, flotan allí siempre como un toldo sobre los techos de las habitaciones, oprimiendo el espíritu con su lobreguez. Aún designa la tradicion un oratorio construido de ladrillo por el hidalgo puritano detras de la casa y que se comunicaba con la sala de familia en la cual Cromwell reunia los labriegos de la vecindad para que oyesen la palabra de Dios de boca de los misioneros de su secta, y aún para predicar y orar él mismo cuando la inspiracion desbordaba de sus labios. Bandos de innumerables cornejas poblaban las arboledas, sobre cuyas copas subian los penachos de

humo del inmediato pueblecillo de Saint-Ives, y á corta distancia, el Ouse arrastraba sus ondas negras, parecidas al desagüe de una fábrica, por entre orillas cenagosas. Fácil es comprender que la residencia en estos lugares sólo podia ser eficaz á dos maneras de pensamientos: ó á encerrar el alma de sus moradores en los límites vulgares y estrechos del tráfico, de la industria y del pastoreo de ganados; ó á obligarlos, si no, á remontar el vuelo viviendo en los éxtasis de la contemplacion.

## XXXV.

En este lugar tan apartado, solitario y triste fué donde Cromwell y su jóven esposa, digna compañera del futuro Protector, por la sencillez y piedad de carácter, educaban pobremente los siete hijos nacidos del amor y fidelidad conyugales. Y como ni Cromwell ni su mujer buscaron las grandezas del mundo, fueron ambos solicitados de ellas.

A juzgar de las noticias que tenemos acerca de la vida de Cromwell durante aquellos años, se ve cuánto le preocupaban el rumor de las controversias religiosas en Inglaterra, Escocia ó Irlanda, y los folletos políticos que parecian, multiplicándose al calor de las pasiones públicas, cosas ambas que lo absorbían, si bien daba siempre la preferencia sobre todo á los argumentos teológicos.

Entónces llegó por primera vez á sus oídos el nombre inmortal del Dante británico, autor de un folleto famoso escrito en favor de las ideas republicanas. Milton, cuya gallarda pluma lo habia producido, acababa de llegar por aquel tiempo de Italia, en donde respiró, evocando los recuerdos de Roma,

el ambiente de la libertad antigua, y contemplando el espectáculo de su corrupción presente, la independencia religiosa; que, del propio modo que Chateaubriand y Madame de Stael en 1814, Milton daba el tono en la época de Carlos I á las pasiones pasajeras del momento.

## XXXVI.

De la necesidad de independencia en materia religiosa comenzaba entonces á nacer, por la fuerza misma de los hechos y su lógico encadenamiento, el partido de los independientes en materia de gobierno; que ambas libertades se relacionan, y no es posible creer con libertad en la servidumbre que nos veda decir lo que queremos y practicar aquello que creemos. Y esta misma necesidad absoluta de creer libremente y de propagar sin trabas las creencias, inclinaba el ánimo de Cromwell hácia la república; lo cual conocido de Hampden, pariente suyo, á quien hizo popular por extremo su oposición al Monarca, se propuso robustecer las huestes republicanas aportándoles un hombre de convicciones tan arraigadas y de costumbres tan ejemplares como lo era en efecto el labrador de Saint-Yves; y para empeñarlo más en este camino, lo hizo elegir diputado por Cambridge, donde tenia incontrastable influencia.

Pero no por haber obtenido la representación de distrito más importante y en momentos críticos para la política, se distrajo Cromwell de los ideales que habia perseguido siempre. «Remitidme, decía el místico sectario á su amigo Willingham, de Londres, un apunte de los argumentos que hacen los escoceses para sostener la uniformidad en la

religion expresa en su manifiesto, porque deseo imponerme bien de toda ella y estudiarla como es debido ántes de que se abra en la Cámara de los Comunes el debate relativo á este asunto, que será pronto.»

Sin embargo, durante un espacio se confundieron en su espíritu los intereses populares y los religiosos, movido acaso de la justicia de la causa, y ciertamente con el objeto de hacer simpática la conducta de los independientes y de los republicanos al pueblo, por consecuencia del apoyo que habia éste de hallar en ellos tratándose de la defensa de sus intereses en una determinada cuestion, cual era la de disputar á la Corona la facultad que de antiguo poseian los reyes de Inglaterra de hacer merced á sus favoritos y amigos de tierras del comun para que las incorporasen á sus feudos; derecho que le disputaban con razon los municipios.

Dice á este propósito en sus Memorias el ministro de Carlos, que «Cromwell, á quien no habia oido ántes hablar en la Cámara, fué designado para formar parte de la comision parlamentaria encargada de discutir el caso con los secretarios de S. M., y un dia se acaloró tanto con él, que despues de hablar de intimidaciones, cohechos y otros manejos que suponía empleados por los ministros de la Corona con los testigos, se dejó decir palabras tan groseras é impropias, accionó con tanta violencia, y fué tan insolente su actitud, que hubo de retirarse de la junta y de aplazar sus reuniones; cosa que no le perdonó él nunca.»

La popularidad que conquistó á Cromwell y al partido republicano su conducta en aquella circunstancia, lo estimularon á buscar otras maneras de acrecentarla, poniéndose de parte de los libelis-

tas que más encarnizadamente combatian á la Corona y á la Iglesia, y cuyos escritos se quemaban de vez en cuando en la plaza pública por mandato del Rey ó de los obispos. Al efecto presentó á la Cámara la exposicion que un autor agraviado le dirigia, y pronunció con tal motivo su primer discurso; pudiendo más en él la indignacion de su conciencia herida que no el temor de hablar mal en público.

«Era el mes de Noviembre de 1640, dice un testigo realista, y yo, que tambien pertenecia entónces al Parlamento y tenia la pretension de suponerme tipo de nobleza y elegancia, como tantos otros jóvenes hidalgos, ví al entrar en la sala de sesiones que hablaba un diputado. No lo conocia; estaba vestido de paño burdo, sin adornos ni bordados, y á juzgar de la hechura del traje, parecia obra de algun sastre de pueblo. La camisa era de tela ordinaria, y además la tenía sucia y manchada de sangre por el cuello, el cual apenas si era bastante grande para cubrir el de su chaqueta. El sombrero lo traia sin presilla y la espada sin garbo y caída perpendicularmente. Su estatura era buena, el rostro redondo y abultado, y la voz estridente, sin armonía ni flexibilidad; pero expresaba sus ideas con elocuencia penetrada de místico fervor. Defendia una causa insostenible, pues hablaba en favor de cierto libelista condenado á expiar en manos del verdugo sus procacidades; y debo añadir que la actitud silenciosa y deferente de la Cámara con él en aquella circunstancia mermaron mucho mi respeto hácia el Parlamento.»

## XXXVII.

Habiéndose apurado todos los medios de resistencia y todas las concesiones del rey Carlos en la lucha parlamentaria que tenía empeñada con las Cámaras, nadie dudaba ya de la inminencia de la guerra civil, para la cual se hacian preparativos más ó ménos abiertamente por una y otra parte. Cromwell aprovechó uno de esos momentos de calma precusores de las grandes tempestades políticas para ir á su pueblo, visitar á su familia, y reanimar el espíritu de los suyos, é inflamar el místico entusiasmo de las gentes del campo, logrando por tal modo hacer soldados de sus correligionarios. Empleó íntegramente sus ahorros en comprar pertrechos de guerra para los de Cambridge, y aún se atrevió á tomar posesion de su fortaleza, invocando para ello su calidad de diputado, y á embargar la plata labrada de la universidad, que se guardaba en el tesoro del castillo para ocurrir con su producto á las necesidades de la milicia. Estas tropas lo reconocieron sin más tardanza por su jefe, no sólo á título de representante del distrito, sino movidas tambien de su arrojo y decision en defensa de la causa popular. Hecho lo cual, bastó ya el prestigio de su palabra para sublevar las milicias entre Cambridge y Huntingdon, y hacer prisioneros á los realistas que acudian con armas y caballos á ponerse bajo las banderas del Rey, privándolos en todas partes de los medios de auxiliar á la Corona.

«Ningun mal os causaré, contestó cierto día en aquellos de tanta turbacion á un noble que protestaba de la violacion de su domicilio por los solda-

dos de Cromwell. Vengo, por el contrario, para impedir mayores males y estragos. Sed prudente y cauto y nada temais; pero si no procedeis así, perdonadme al ménos lo que hago discretamente y sin cometer grandes violencias en cumplimiento de mis deberes con el pueblo.»

Ni tampoco se libtó de su visita por idéntico motivo su tío el de Hinschinbroock, noble realista que habitaba una torre situada en la marisma.

Sin embargo de esto, decia por cartas á otro caballero:

«Siendo *el siglo actual batallador*, y el enojo más grande aquel que se produce por diferencias de opinion, entiendo que agraviar á los hombres en sus personas, familias, hogares ó hacienda es mal remedio para restituirlos á la calma. Con todo, bien será proteger los derechos legitimos del pueblo.»

Cabrióse la Inglaterra de asociaciones para ocurrir á la defensa y libertad de la independencia y de la religion contra la Iglesia y la corte; pero luégo comenzaron á disolverse por falta de jefe activo y único, no quedando de todas ellas más que la denominada de los *Siete Condados del Oeste*, sometida en cuerpo y alma incondicionalmente á Cromwell. Entóces, por efecto de la disciplina y organizacion á que la sometió, comenzó su nombre á extenderse por Inglaterra y á presagiar en él los revolucionarios el caudillo que habia menester la guerra santa, llegando algunos á designarlo en las asambleas puritanas bajo el nombre del Macabeo de la Iglesia de Dios. «Proseguid, decia no obstante Cromwell al ministro de la Iglesia anglicana, vuestras tareas; leed las Escrituras al pueblo, y predicad en vuestra catedral como soleis, y aún más frecuentemente que lo haceis.»

Y si estas palabras no fueran bastante gráficas para expresar su tolerancia, véase de qué modo protegía la libertad de conciencia en los demas el que se levantaba en armas para conquistarla en su provecho: «Habeis despedido de las filas, escribia Cromwell á uno de sus tenientes, á un oficial por ser anabatista, y en verdad que no apruebo vuestra conducta, sino que la creo muy mal aconsejada. Pues no puedo persuadirme de que un incrédulo, afamado por su falta completa de principios religiosos, sus blasfemias y mala conducta, os parezca más digno de confianza que quien evita el escándalo y el pecado! Sed tolerantes os digo con aquellos que no profesan vuestros principios religiosos, y tened en cuenta que, al escoger sus servidores el Estado, no ha de preocuparse de cuales puedan ser sus opiniones religiosas, sino es únicamente de sus aptitudes para el mejor desempeño de los cargos que se les confien.»

Como se ve, los primeros actos de Cromwell, precursores para él de la guerra civil y del Imperio, dejaban ya entrever el don de Gobierno que lo caracterizó despues, una de cuyas condiciones más principales fué siempre la de atraer partidarios á su causa en vez de víctimas á sus partidarios; sirviendo la sociedad de los *Siete condados*, sometida en todo y por todo á la influencia de tan activo patriota y fervoroso sectario, no solamente de base á la futura popularidad y grandeza de su jefe, sino tambien y muy presto al Parlamento largo de palanca eficazísima para la guerra civil.